III Bienal del COLOQUIO de TRANSFORMACIONES TERRITORIALES
Comité Académico de Desarrollo Regional
De la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo (AUGM).
Buenos Aires, 25 al 27 de agosto 2010
Mesa 5 Patrimonios, cultura e identidades

REPRESENTACIONES CARTOGRAFICAS Y TRANSFORMACIONES DEL TERRITORIO.

Dra. Arq. Bibiana Cicutti; Arq. Bibiana Ponzini
Investigadores: Arqts. G. Asorey; A. Basso; M. Garrofé; J. Español. Auxiliares de investigación: L. Galaretto y P. Milesi

Resumen

En otra oportunidad, decíamos que "mirar la ciudad desde la cartografía implica un ejercicio de aproximación al texto visual considerando su carácter discursivo". Con este encuadre, las imágenes se comprenden como matrices de prácticas constructivas de lo social; incluso aquellas que, desde una modalidad eminentemente técnica, nos permiten reconocer marcas de subjetividad que se relacionan con determinadas percepciones de la ciudad y su componente geográfico.[1]

El estudio y la sistematización del material cartográfico y su contrastación con las imágenes provenientes de otros campos (la fotografía, la crónica periodística, la literatura, etc.), nos han permitido explorar en el proceso de construcción del espacio urbano, como contribución a la historia de las representaciones colectivas en la ciudad de Rosario. La observación detenida de las piezas cartográficas ilumina aspectos que exceden la lectura documental y asisten al plano de lo simbólico en correspondencia a las constelaciones teóricas y saberes -en referencia a una idea de ciudad y a una determinada modalidad de percepción y apropiación-, en los que aquellas puedan, hipotéticamente, inscribirse.

[1] CICUTTI, B.: "Notas sobre el discurso cartográfico: planos de Rosario en el siglo XIX", en: LOIS, C. (coord.): *Imágenes y lenguajes cartográficos en las representaciones del espacio y del tiempo*, www.historiacartografia.com.ar/publicacion.html, Buenos Aires, 2006.

Palabras clave:

Representaciones-territorio-paisaje-identidades

La cartografía como representación

Habitualmente, los historiadores consideran los mapas, junto con cuadros, fotografías, etc. como documentos de menor jerarquía que la palabra escrita. J. B Harley, discute precisamente esta percepción del mapa como estricta representación gráfica. En ese sentido señala que "Lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescriben el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. Lo que leemos en un mapa está tan relacionado con un mundo social invisible y con la ideología como con los fenómenos vistos y medidos en el paisaje. Los mapas siempre muestran más que la suma inalterada de un conjunto de técnicas…La fascinación que ejercen los mapas como documentos creados por el ser humano radica, no únicamente en la medida en que son objetivos o exactos, sino también en su ambivalencia inherente y en nuestra habilidad para encontrar nuevos significados, agendas ocultas y visiones del mundo opuestas de entre las líneas de la imagen" (HARLEY: 2005)

Esta condición "cultural" del mapa se revela como un parámetro a considerar en la construcción de identidades, por cuanto nuestra experiencia espacial –el reconocimiento de nuestra identidad y sentido de pertenencia, las nociones de cercanía y lejanía, nuestros modos de relacionarnos-, está mediada por distintos tipos de cartografías.

En los últimos años nuestro trabajo de investigación se ha orientado en ese sentido, aproximándonos a la comprensión de lo urbano desde una perspectiva enmarcada en la Historia Cultural.[2] Si bien la disciplina urbanística, por naturaleza, se ocupa del manejo de la representación bidimensional y de la información técnica de lo que generalmente denominamos "cartografía", nuestro abordaje se realiza sobre el mismo objeto -los planos-, pero desde otro registro. La naturaleza discursiva de los planos, su inherente retórica, nos impone la construcción del sujeto: el que construye el plano y el que lo mira.

[2] La cartografía como género discursivo: representaciones y transformaciones de la ciudad en los planos de Rosario (1852-1935) Arq- 57. Directora: Dra. Arq. Bibiana Cicutti, codirectora: Arq. Bibiana Ponzini

Recuperando la vinculación temprana de la geografía con el arte, la exploración se desplaza, desde el carácter “pictórico” de los tempranos documentos, hasta el “gráfico y publicitario” propio de la cultura moderna con la tipografía, el uso del color y la técnica del *affiche* que emparenta nuestros documentos, por ejemplo, con la planimetría de la posguerra alemana (el caso del Plan Regulador para Rosario de 1929-35 es elocuente). Este conocimiento sensible nos propone otras lecturas en el ámbito de las representaciones y en su vinculación con otros saberes y prácticas.
Asimismo, en la medida en que históricamente estos registros del espacio geográfico se convierten en dispositivos de visibilidad y control, creemos que es posible contribuir al desarrollo de la teoría social con que éstos se sustentaron y se sustentan hoy en día. En la actualidad, cada vez con más frecuencia, y desde distintos lugares, se requiere de estudios sociales de esta naturaleza al tiempo de “calificar” y “redimensionar” el dato técnico, estadístico o para indagar los mecanismos de funcionamiento, recurrencia y regularidad de las representaciones sociales, que en definitiva, son las que producen y se nutren del espacio urbano. (PEM, ONGs, etc.)
Es la renuncia a la idea de Plan Urbano como instrumento taxativo de ordenamiento y control de la organización social, lo produce la demanda de profundizar estas indagaciones para la formulación de estrategias comunicacionales, determinación de agendas de proyectos, etc.

En primer término, hubo que generar los instrumentos de análisis y desarrollar las habilidades necesarias para el manejo de la cartografía y articular la lectura crítica en cuanto a la consideración del plano como objeto de cultura, como construcción de significados, como registro de imaginarios urbano-territoriales y, en consecuencia, como construcción de identidades.
A una primera instancia del trabajo, restringida al período 1852-1935, le sigue en la actualidad otra, centrada en la indagación y reflexión sobre la construcción del territorio correspondiente a 1935-1968. A partir de la reconstrucción del proceso de desarrollo del espacio urbano, se confronta la cartografía con imágenes provenientes de distintos campos (producción artística, gráfica, literatura, periodismo), detectando la potencial presencia de rasgos culturales, sociales, económicos y arquitectónicos en la configuración del paisaje metropolitano como dialéctica entre cultura y naturaleza e hipotéticas tensiones entre lo público/privado,

lo natural/cultural, lo local/regional como componentes de los procesos de construcción de identidades.

Esta perspectiva de trabajo, donde la ciudad y el territorio resultan sujetos privilegiados para la interrogación de los temas sociales se inserta, en un sentido amplio, en la trayectoria de los denominados “estudios culturales”. Si bien, como han señalado distintos autores, al colocarse en los márgenes del discurso académico, los estudios culturales, no aceptan -por naturaleza- una definición disciplinar, podemos hablar de una matriz conceptual vinculada a una noción de cultura que se resiste a las concepciones idealistas y que, más bien, se vincula a una teoría materialista repensada a la luz de la revisión de la historiografía marxista propia de los ´70. Antireduccionismo, distancia respecto de la “representación lingüística del mundo”, alerta frente a una “antropologización y universalización” de lo cultural, etc., tienden a enunciar una comprensión de la cultura como campo de lucha, remarcando el énfasis político que, por definición, resulta ser la tarea del intelectual. R. Williams señalaba ya en Marxismo y Literatura (1977), que la cultura no puede pensarse como un sistema de textos y artefactos, sino en un encuadre tanto antropológico -en el sentido de prácticas culturales-, como histórico de esas prácticas, cuestionando toda impronta universalizante por medio de conceptos tales como formación social, poder cultural, dominación y regulación, resistencia y lucha.

En consecuencia, nuestro objeto de estudio se fue construyendo a partir de la confluencia de los materiales cartográficos con los paradigmas explicativos de la ciudad que, a nivel conjetural, se le asigna a cada uno de ellos. Estos paradigmas tienen que ver, a nuestro entender, con las representaciones, cuya constitución y funcionalidad se hallan en relación a los procesos que transformaron a Rosario. Más allá de los planos, nos interesamos en lo que ellos “dicen” (o no dicen) y en “lo que se dice de ellos”, en la percepción de la ciudad a través del plano, las teorías, nombres propios, instituciones que cada uno enlaza.

La cartografía urbana en particular, desempeña un rol significativo dentro de las “formas de conocimiento, control y prefiguración de la ciudad”, tanto en lo que respecta a su “forma material”, delimitaciones territoriales, subdivisión de la tierra, etc., como en la incidencia en los modos de cartografiar la ciudad y el territorio y en las modalidades de percepción y actuación de sus agentes sociales (FAVELUKES, 2004). Históricamente, la construcción de mapas, descripciones geográficas,

registros topográficos, etc., estuvieron vinculados a la necesidad de exploración y apropiación del territorio. Desde los “mapas portulanos” a los planos convencionales de la legislación napoleónica, la representación gráfica de la superficie terrestre pretende mensurar, someter el espacio geográfico a las leyes geométricas del dibujo, estableciendo límites y formas, en relación a la disposición de los itinerarios comerciales, la expansión militar y la apropiación territorial. Como instrumento jurídico-legal, el plano se traduce en una pretendida “cientificidad”, que da lugar a una progresiva convencionalización y puesta en discurso de la creciente profesionalización de la disciplina.

Necesitamos de estas representaciones para comprender el territorio, y sobre todo, desde la Antigüedad hasta hoy, para triangularlo, medirlo, controlarlo y desarrollar un proyecto de civilización. Con los métodos de proyección, la codificación de signos y convenciones, etc., ese espacio confuso y de dimensiones relativas que era el mundo, se tradujo en “un facsímil del territorio”, donde grabadores y pintores paisajistas extremaban los intentos de simulación de realidad. Pero el mapa es, a su vez, una selección, una hipótesis de restricción que se relaciona con la utilidad y función del mismo. “Le falta lo que caracteriza específicamente al territorio: su espesor y su perpetua metamorfosis… es un filtro, ignora los conflictos que proporcionan energía a toda sociedad….Se encuentra mal equipado para lo cualitativo” (CORBOZ, 1983)

Al analizar la incorporación reciente de la noción de “espacio” y “espacio- tiempo” en la Geografía y desde la convicción de que “toda la geografía es geografía histórica”, D. Harvey, uno de los exponentes contemporáneos de la denominada “geografía crítica”, nos señala la importancia de la “concepción dinámica” del ordenamiento espacial. Dinámica que suele solo aplicarse al estudio de los procesos, pero no al marco espacial en el que se desarrollan. Así, para Harvey, “El espacio, como la cartografía, es tanto un constructo mental como material. Más aún, considerando que los sistemas de medición y los modelos matemáticos (geometría y cálculo) que se usan para representar la especialidad, son producto del pensamiento humano. El imaginario espacial y temporal, la construcción de mundos alternativos posibles (por usar la famosa formulación de Leibniz) y las percepciones del espacio y del tiempo que recorren la conciencia y que se presentan en obras de arte, poesía, novelas,

películas y formas multimedia, todos ellos proporcionan una enorme gama de significados metafóricos con los que es posible explorar conectividades y analogías ocultas. Los denominados espacio y tiempo *mentales* o *imaginarios* son ricos terrenos en los que trabajar para entender las subjetividades personales y políticas, y sus consecuencias cuando se materializan en forma de acción humana en el espacio y en el tiempo" (HARVEY, 2007)

Mapa y territorio establecen una relación productiva: el acto y el modo de representarlo constituye una "apropiación" del territorio y esto no es una transcripción literal, sino siempre una construcción que se presenta como tal.

Transformaciones del territorio

Podemos señalar aquí, que el territorio también es un producto, pero esta condición no siempre está presente en las acepciones habituales del término. Hay tantas acepciones como disciplinas relacionadas con el mismo (la jurisprudencia, la economía, la política, la geografía, etc.) decía Corboz, quien centra su interés en las aproximaciones del lenguaje cotidiano, "en las que la palabra territorio tan pronto es alegoría de la unidad de la nación o estado como que designa la extensión de las tierras agrícolas e incluso remite a espacios paisajísticos que connotan el tiempo del ocio".

Esta definición, fundamental para nuestro enfoque, hace, no sólo a la relativización de las dicotomías campo/ciudad, centro /periferia, tierra firme/riberas-islas, etc., sino también, a las constelaciones móviles que constituyen las identidades locales/regionales: "esta oposición es tan falsa –dice este autor- como la que concebiría una isla como limitada por las aguas y rodeada por ellas: pensamiento de gente de tierra adentro que carece del sentido de los pescadores, cuyo incesante ir y venir entre la tierra y el mar desdibuja los umbrales para crear a partir de los dominios aparentemente incompatibles una necesaria unidad". Con esta perspectiva, el antagonismo entre campo y ciudad, puede pensarse ante todo, como una noción "urbana", tanto como la construcción de la idea de "pampa", "desierto" en relación a la urbe, que presenta E. Martínez de Estrada en "Radiografía de la Pampa".

Retomando a D. Harvey, “El territorio no es un dato, es un resultado de diversos *procesos.* Procesos que se relacionan con la política conceptual del lugar, con la producción capitalista del espacio, con la estrecha vinculación entre conocimientos geográficos y poder político” (HARVEY, 2007). Por una parte, como sucede en nuestra región, se modifican lo bordes del territorio por el avance o retroceso las aguas, la formación de albardones, las desecaciones, los rellenos; por otra, es objeto de intervenciones humanas: irrigación, incendios, puentes, carreteras. Pero la mayoría de los movimientos que lo moldean se extienden en un lapso de tiempo tal que escapan a nuestra capacidad de observación, e inclusive de toda una generación. De ahí el carácter de inmutabilidad que connota generalmente el término “naturaleza”, nos advierte Corboz. La idea de territorio como *palimpsesto*, reescritura infinita, que ha cobrado tanta importancia en el debate urbanístico de los últimos años, se traduce en una “productividad” recurrente del territorio, una incesante reescritura.

Resulta entonces imperativo considerar este dinamismo en la producción continua del paisaje a la hora de elaborar proyectos que se pretendan significativos y equilibrados.

Para Silvestri y Aliata, la noción de *paisaje* alude tanto al ámbito geográfico como al de las representaciones simbólicas, o sea, que no se circunscribe sólo a la naturaleza –como ámbito de lo físico- sino que reclama el punto de vista del observador, esto es, un sujeto-observador que construye un relato que le otorga sentido a lo que mira y, sobre todo, experimenta. Como señalan estos autores, nuestros paisajes latinoamericanos fueron construidos por la mirada extranjera, particularmente, por la sensibilidad inglesa del siglo XVIII, en clave del romanticismo y la pintura de paisaje. De ahí la inmediata asociación entre “paisaje” y “contemplación”, como términos que, con frecuencia, se toman como equivalentes.

Esta condición contemplativa ha signado nuestra percepción del paisaje, construido desde las miradas extranjeras: miradas móviles, rápidas y superficiales de viajeros y observadores científicos. (SILVESTRI; ALIATA, 2001)

En las primeras décadas del siglo XX, la cultura “moderna” desarrolla una estética en relación al paisaje con connotaciones ético-morales, científicas y técnicas: el higienismo, la salud pública, etc., en función de la cual se elaboran las propuestas urbanísticas de embellecimiento, *promenades*, miradores, paseos costaneros, etc.

La dicotomía “naturaleza-artificio”, se reafirma como parámetro predominante en la cultura occidental y condiciona el modo de relacionar las construcciones –como artefactos- con la naturaleza.

Paisajes como construcciones de la cultura

Carl O. Sauer, geógrafo estadounidense, preocupado tempranamente por la diversidad cultural y el equilibrio ambiental, escribe en 1925, *La Morfología del Paisaje*, donde desarrolla un método basado en la recolección de huellas en el territorio como producto histórico del impacto humano en el medio. A contrapelo de las corrientes positivistas-deterministas de la época, y de la mirada externa, contemplativa, del territorio, Sauer y sus discípulos explican cómo los paisajes culturales son creados a partir de formas superpuestas al paisaje natural, formas que se corresponden con los sucesivos estratos que la acción humana inscribe en el mismo al actuar, ya sea, en forma permanente o transitoria. Este acercamiento implica la recolección empírica de los rastros materiales donde se reconocen las acciones productivas y de reproducción de diferentes grupos humanos en el medio impulsando los estudios centrados en las diferencias espaciales, más que en las habituales formulaciones de leyes generales y abstractas de la geografía.

El paisaje entonces, de una cuestión estético-contemplativa, pasa a ser un elemento central de estudio en la geografía, cuyo objetivo, en términos de la escuela saueriana es, por tanto, la reconstrucción histórica del medio natural y de las fuerzas humanas que modifican el paisaje. Más aún, D. Harvey, a quien ya citamos, cuestionando la neutralidad ética atribuida por el positivismo a la ciencias en general, y la geografía en particular, nos advierte sobre las tensiones existentes entre los conocimientos geográficos y el poder político y sobre la producción capitalista de espacio (HARVEY, 2007)

Sin dejar de reconocer que la terminología vinculada al tema de la identidad es amplia e imprecisa, con connotaciones diversas, según se trate del lenguaje cotidiano como de las diversas esferas que lo abordan (sociología, política, antropología, urbanismo, etc.) nos atendremos a plantear su tratamiento en vinculación a los procesos de construcción social, en tanto representaciones simbólicas vinculadas al territorio. Tomando distancia de las definiciones

substancialistas, consideraremos al territorio como “terruño”, como condición material que define un espacio de lucha –que excede o pone en crisis “lo local”, “lo regional”- por la definición de pertenencias y del concepto mismo de identidad.

En función de lo expuesto, nuestra lectura del paisaje intentará buscar identificar huellas todavía presentes de los procesos territoriales -incluso desaparecidos-, como modo de fundamentar las intervenciones proyectuales y las descripciones planimétricas. Esto implica dejar atrás la concepción abstracta del territorio para entenderlo como el resultado de un largo proceso de estratificación. De ese modo, “Cada territorio es único, de ahí la necesidad de reciclar, de raspar una vez más (pero con el mayor cuidado) el viejo texto que los hombres han inscripto sobre el irremplazable material de los suelos, a fin de depositar uno nuevo que responda a las necesidades de hoy…” (CORBOZ, 1983)

La construcción de identidades tiene, además, al decir de R. Fernández, un imperativo mayor para nosotros: abordar una “perspectiva americana del paisaje”, que reconozca las ancestrales formas de aproximación al paisaje, frente a las construcciones teóricas eurocéntricas que entienden el territorio como “depósito de signos”, como “laboratorio”, y al patrimonio, en consecuencia, como colección de objetos, más que como valoración de la relación equilibrada entre ambiente y obra humana, con sus conflictos e hibridaciones (FERNANDEZ, 2001)

Los casos que presentamos a continuación dan cuenta del proceso de transformación urbano territorial a partir de las representaciones planimétricas y fotográficas, intentando hipotizar sobre diversas construcciones de sentido, más allá de la estricta lectura documental.

Bibliografía

ALIATA, F., SILVESTRI, G.: *El Paisaje como cifra de armonía*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires. 2001.

BOIXADOS, C-: “Formas cartográficas de la ciudad de Córdoba”, en: *Territorio, Memoria y Relato*, UNR, Rosario, 2004.

CABRAL J.; MARTINEZ DE SAN VICENTE, I.: Instrumentos de planeamiento y ordenación del territorio y valoración de los recursos culturales: problemáticas, oportunidades y desafíos, en: *Paisajes Culturales y Desarrollo Loca*l. Ediciones FADU UBA, Buenos Aires (en prensa).

CHARTIER: *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Manantial, 1996

CICUTTI, B.: *Registros urbanos de una modernidad periférica*. Nobuko, Buenos Aires, 2007.

CICUTTI, B. (director): *Conocimiento del territorio y cartografía urbana. Reflexiones sobre el mapa como producto cultural*, Nobuko, Buenos Aires, 2008.

CORBÓZ, A. (1983) "El Territorio como Palimpsesto" en *Lo Urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona, 2004.

DIAZ ANGEL, S. (coord.): *Razón cartográfica de Historia de las geografías y cartografías de Colombia.* Colombia.www.razoncartografica.wordpress.com

FERNANDEZ, R.: *Derivas*, Ensayo 8 Territorio, patrimonio y mitologías, UNL, Santa Fe, 2001.

FOLLARI, R.: *Teorías Débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*, Homo Sapiens, Rosario, 2004.

HARLEY, J. B.: *La nueva naturaleza de los mapas,* FCE, México, 2005.

HARVEY, D.: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Akal, Madrid, 2007.

LOIS, C. (coord.): *Imágenes y lenguajes cartográficos en las representaciones del espacio y del tiempo*, www.historiacartografia.com.ar/publicacion.html, Buenos Aires, 2006.

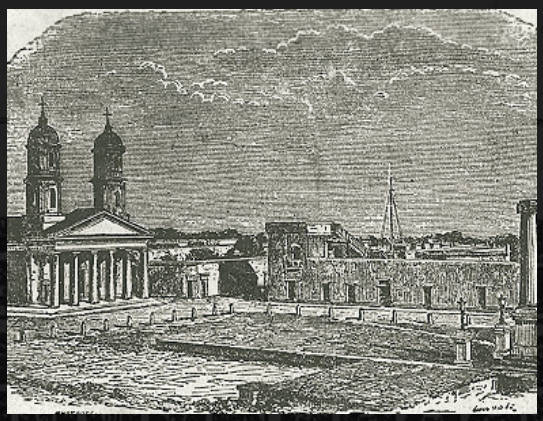
MARTÍNEZ DE SAN VICENTE, I.: "De las reservas naturales a los paisajes culturales. Nuevos criterios en la ordenación del territorio". Revista del Centro Marina Waisman. Nº 8, Córdoba, 2005.

SABATE, J. "De los paisajes culturales a los parques patrimoniales" en *De la preservación del patrimonio a la ordenación del paisaje*. Universidad Politécnica de Cataluña y Massachussets Instituye of Technology. Barcelona, 2004

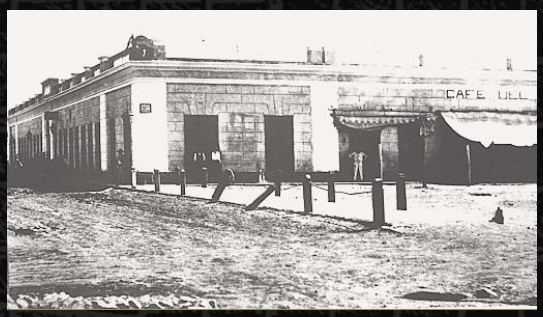
SCHAEFFER (1987): La imagen precaria del dispositivo fotográfico, Madrid, Cátedra, 1990

ZUZMAN, P.: "Perspectivas críticas del paisaje en la cultura contemporánea", en III Seminario Internacional sobre Paisaje, Barcelona, 2004.

Puerto y depósitos 1864



Plaza 25 de Mayo, Iglesia Matriz 1863



Mercado de Rosario

Calle Puerto, 1865

Calle Córdoba, 1866

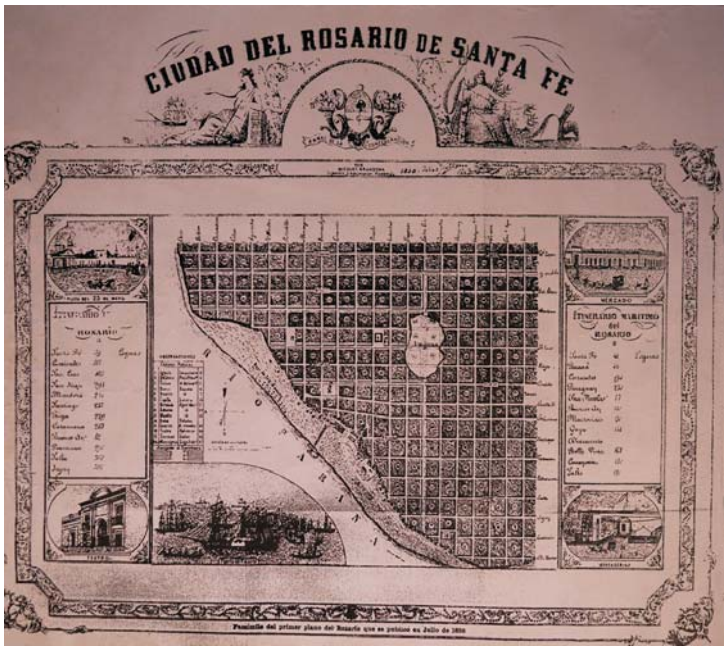
LOS PLANOS DE NICOLAS GRONDONA
Realidad y Prefiguración

En 1856 Nicolás Grondona comenzó con el trazado de un plano de la ciudad que concluiría dos años más tarde. Resultó de esta manera, el primer mapa impreso de Rosario en su conjunto.

PLANO DE 1858

Haciendo caso omiso de la orientación geográfica y con el norte hacia abajo; resulta claro que se considera más importante la relación de Rosario con el río a través de su puerto que la que puediera tener con el territorio circundante. Asímismo, como refuerzo comunicacional se incluye dentro del área destinada al plano propiamente dicho una imagen del puerto con relación directa a su ubicación en el mapa. La gran cantidad de manzanas dibujadas seguramente está relacionado con el optimismo reinante a partir del intempestivo crecimiento de la ciudad.
La representación en los cuatro ángulos de los que se considerarían los más relevantes hitos, colabora en la definición del carácter de la ciudad como puerto comercial. Así, mientras se incluyen la «Plaza del 25 de Mayo» y el «Teatro» como principales centros cívicos, también se consignan el «Mercado» y el edificio de las «Mensagerías», fundamentales emprendimientos para el desarrollo futuro de la ciudad. **AB | JE**

1858



Plano de Rosario de Nicolás Grondona, 1858

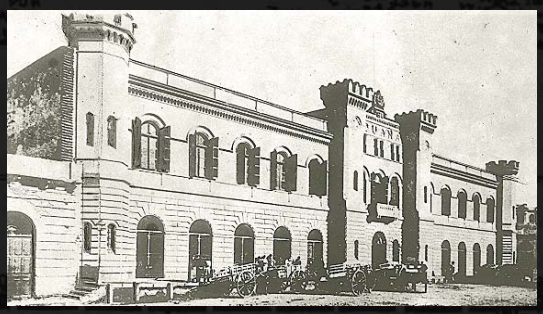
LOS PLANOS DE NICOLAS GRONDONA
Realidad y Prefiguración

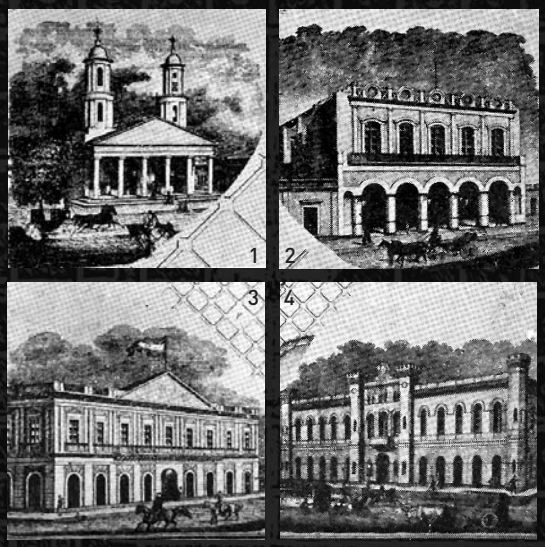
PLANOS DE 1871 Y 1875
Como Ingeniero Municipal, Grondona confeccionará ambos planos que ubican la planta urbana con el río Paraná hacia abajo, sin dudas, entendiendo el puerto como puerta urbana, como acceso principal a la ciudad. Pero además, con una perfecta simetría con respecto a un eje vertical que organiza la cuadrícula rotada a 45 grados. En ambos se representan sin solución de continuidad, una cuadrícula de manzanas cuadradas hasta la segunda ronda de bulevares. Por fuera de los mismos se insinúa la continuación del trazado ortogonal.

En 1868 se había dictado la Ordenanza que disponía la apertura de los bulevares de la apertura de los bulevares de la primera ronda y así se los representa en el plano de 1871. Por fuera de los mismos, no hay más que la expectativa de crecimiento con idéntica geometría. Recién en 1873, se dispondría la sectorización de la ciudad. El Plano de 1875 dará cuenta de tales definiciones delineando la segunda ronda de bulevares en su actual emplazamiento, entre otras operaciones.
La cantidad de plazas y de manzanas dibujadas, prefiguran el crecimiento urbano de la ciudad. Como dice Juan Alvarez, *«buena parte de las calles esperan ser abiertas, la ciudad real no se aparta arriba de diez o doce cuadras de la plaza, y de ahí para afuera sólo hay ranchos dispersos, quintas, potreros&»*

Podría interpretarse el Plano de la Ciudad del Rosario de Santa Fé como la corrección o precisión de su antecesor de 1871. En el de 1875 se incluyen, al igual que en el de 1858, cuatro ilustraciones que reproducen los que seguramente se considerarían los edificios más representativos de la ciudad: la Iglesia, el Teatro Olimpo, la Jefatura y la Aduana. No deja de ser llamativo que se ubicaran en los extremos superiores izquierdo y derecho, sendos edificios de la cultura y en los ángulos inferiores las principales sedes de tipo administrativo.
En la privilegiada esquina de Buenos Aires y Córdoba, frente a la plaza cívica, funcionó la primera Jefatura Política. El actual Palacio Municipal, proyectado por G. Rezzara, no se construiría sino a partir de 1890.
Recién se habilita al año siguiente, pero la potente imagen del edificio de la Nueva Aduana, proyectado por el sueco Enrique Aberg y construido por los italianos Rezia y Sala, sin duda resultaba muy propicia para representar la solidez y la pujanza de la ciudad que no detenía su acelerado crecimiento. **AB | JE**

Jefatura Política


Primer edificio de la Aduana

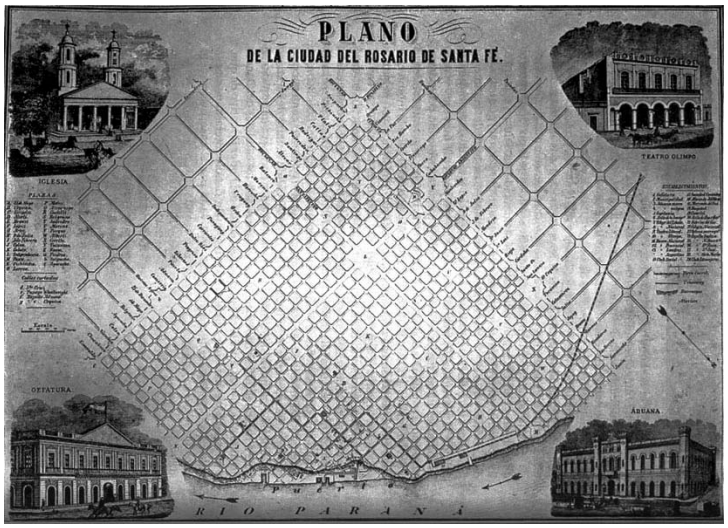


1. Iglesia, 2. Teatro Olimpo, 3. Gefatura, 4. Aduana
Imágenes del plano de Grondona de 1875

1871

Plano de Rosario de Nicolás Grondona, 1871

1875



Plano de Rosario de Nicolás Grondona, 1875

LA RUPTURA DE LA GRILLA. J. Daniel Infante y el proyecto de Avenida Central en el Rosario de Santa Fe

El trabajo se plantea centrar la mirada en el proyecto de Avenida Central promovido por el Dr. J. D. Infante, articulado en una serie que nos remite a un entramado de ideas sobre la ciudad y que incluye el proyecto de la Avenida y el Parque San Martín de 1887, el Plano «Ciudad del Rosario Ensanche y Puerto Aprobados», de los agrimensores Werner y Pusso de 1890, y el «Plano de Embellecimiento de la Ciudad Rosario» realizado por el francés Bouvard en 1910.

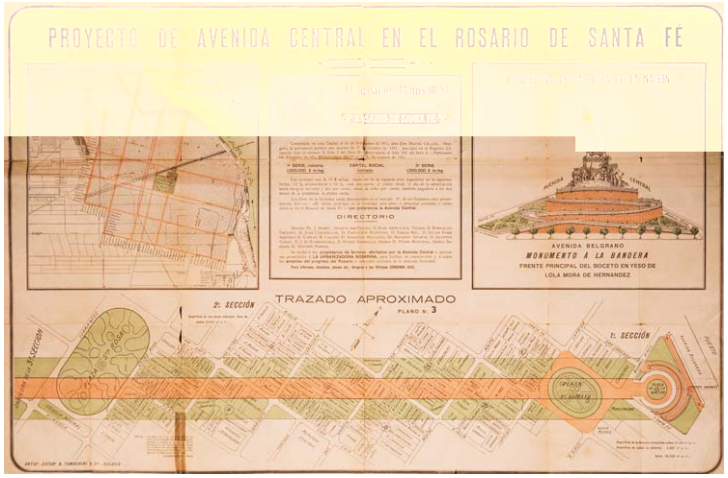
En el tratamiento de las piezas se hace particular énfasis en la observación de la superficie de la imagen y su configuración -recursos argumentativos implícitos o explícitos y tematizaciones-, como en el estudio de las variaciones que se manifiestan en el tiempo tendiendo a circunscribir los comportamientos, las restricciones, etc. en los modos de visibilidad de cada época, en fin la construcción de un discurso propio del género. **BP**

La Bola de Nieve, 1908

Perspectiva de la proyectada Avenida Central

Plaza 25 de Mayo, 1910

Córdoba y Buenos Aires, 1919



Proyecto de Avenida Central. La Urbanizadora Rosarina

LA RUPTURA DE LA GRILLA. J. Daniel Infante y el proyecto de Avenida Central en el Rosario de Santa Fe

En cada momento, estos documentos se erigen en metáfora visual de los valores culturales de la sociedad rosarina y de sus dirigentes, en emblema de orden y progreso, de negocios y embellecimiento, como también, en dispositivos vehiculizadores de figuraciones quiméricas.

La articulación inicial de la pieza cartográfica dentro de la serie, se complejiza al implicarla en una trama mayor -documentos, acontecimientos, instituciones, protagonistas- que habilita a definir su contexto de producción y circuito de circulación. En ese marco, el cruce del sugerente material planimétrico con crónicas periodísticas, el discurso de Infante y su particular posición ideológica, fotografías de época, datos censales, etc., permite develar la distancia entre lo imaginado y lo concretado, entre lo deseado y lo posible. En conjunto, se recuperan indicios para construir nuevos relatos acerca del plano y reconstruir la trama de este escenario fragmentado, que nos coloca en un horizonte del conocimiento de la ciudad que contempla la experiencia sensible, subjetiva, que integran los imaginarios urbanos. **BP**

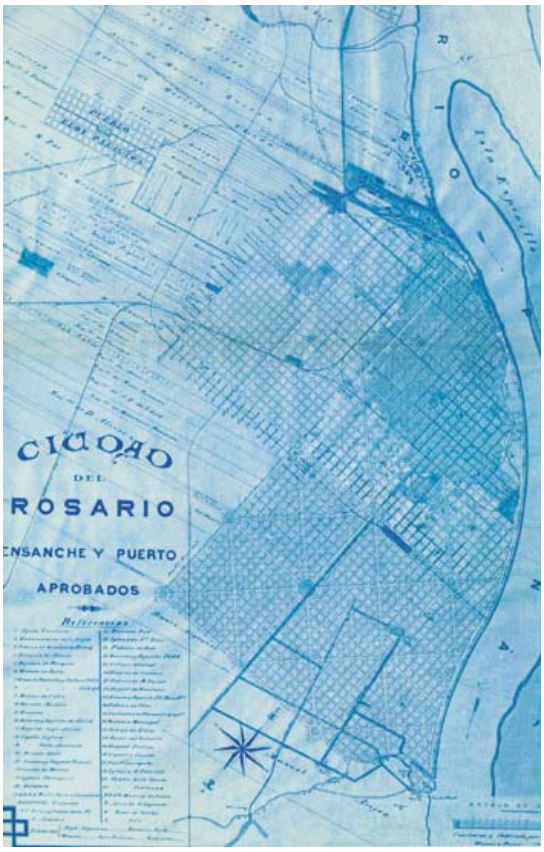
Calle Córdoba, 1912

Córdoba entre Laprida y Maipú. 1912

Calle San Martín. 1913

San Martín y Córdoba

Plaza Santa Rosa, 1905



Plano Ciudad del Rosario Ensanche y Puerto Aprobados, de los agrimensores Werner y Pusso, 1890

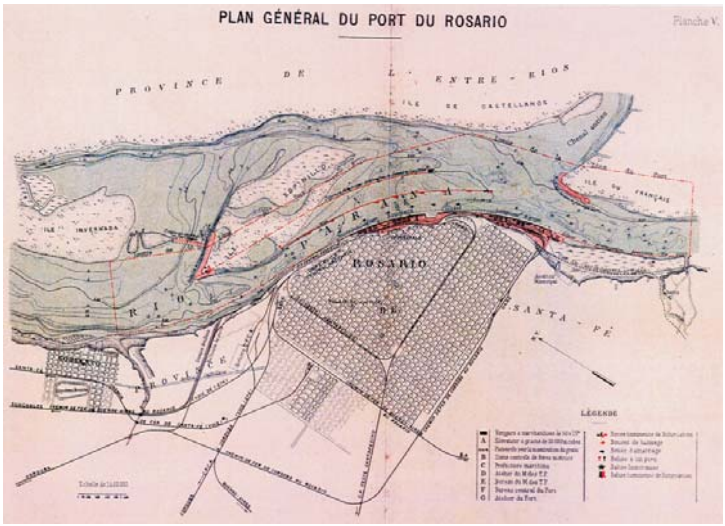
Proyecto de Aduana Nacional y Capitanía del Nuevo Puerto del Rosario. Arq. Boyd Walker, Ingeniero G. Drewitt

PLANO DE LA PROVINCIA DE SANTA FE. 1888
República Argentina América del Sud según el publicado por el departamento topográfico en 1886, corregido y aumentado con los últimos datos para servir a la obra del censo general. Levantado durante la administración del Dr. Dn. José Galvez. Por Gabriel Carrasco. Director y Comisario Gral. del Censo. Aprobado por el Exmo. Gob. de la Provincia,12 de Diciembre de 1887.

Plan de las disposiciones proyectadas para el embellecimiento, mejoramiento y desarrollo futuro de la ciudad. Joseph Antoine Bouvard, 1911

LOS EJES EN EL CONTROL DEL TERRITORIO
Planes Reguladores de Rosario de 1911 y 1935

El sistema ferro-portuario agro-exportador e importador y distribuidor de productos manufacturados desarrollado en Rosario y en la provincia de Santa Fe, respetando la traza ortogonal existente de la ciudad (paralelo y por fuera) en sucesivas rondas, y en libre diagonal por fuera de la misma, condicionó los posteriores crecimientos urbano y rural, produciendo un choque de orientaciones que determinaron diagonales espontáneas extendidas hacia el territorio colonizado provincial. Posteriormente acompañadas o convertidas en rutas, culminaron la estructuración del territorio inmediato a la ciudad bajo intensas relaciones metropolitanas, obligando al Plan Regulador de Rosario (1935), a extenderse a la «la zona que lo circunda» y a proyectar transformaciones ferroviarias, para liberar el área central y la ribera del intenso conflicto de tráfico, en un intento de ordenamiento monumental y paisajístico que restaure el espíritu de la identidad nacionalista. Los paisajes culturales resultan potenciales integradores del Patrimonio fragmentado; otro aporte para la clasificación desde una mirada urbano territoriales. Saliendo de la modernidad desarrollista rur-bana, el devenir de las actuales valorizaciones patrimoniales: la «Ruta de las Colonias Agrícolas», la apertura al río proyectada por el «Plan de la Costa», etc, el paisaje urbano-rural en la llanura se proyecta en otro encuadre cultural: la territorialización, la memorabilidad y sus transformaciones-adaptaciones. **MG | GA**



Plan General Du Port du Rosario. Hersent y cía., c. 1902

Plan regulador de Rosario
Carlos Della Paolera, Angel Guido, Adolfo Farengo. 1935